

## **Racialización, racialismo y racismo: un discernimiento necesario**

Alejandro Campos García

### **Introducción**

La distinción entre conceptos resulta de una clara necesidad para aquellos que nos interesamos en las políticas del anti-racismo. Este imperativo obedece a las consecuencias que pueden tener, para el entendimiento y la práctica, el descuido en el uso de los términos o la operación velada de los supuestos que estos implican. Tal vez ninguna distinción resulta más necesaria que aquella referida a los conceptos de racialización, racialismo y racismo. Aunque estos términos se diferencian sustancialmente en su contenido último, el hecho de ser portadores de una raíz similar les hace parecer hablar de lo mismo, operar de una manera casi promiscua, desdibujarse el uno en los otros.

Esta breve reflexión se entrega al siempre bienvenido ejercicio de establecer distinciones. Pretende arrojar luz sobre las diferencias y conexiones íntimas entre estos tres términos. Con ello, busca ofrecer algo de claridad sobre formas de pensar y operar poco repasadas. Este análisis se detiene primero en definir el concepto matriz de racialización, sus acepciones y las consecuencias políticas y epistémicas de su contenido. Posteriormente, el texto se dedica a analizar el poco discutido término racialismo. En una tercera sección los esfuerzos de este análisis se concentran en examinar el concepto de racismo y en describir las estrechas relaciones que éste tiene con los conceptos anteriores. A modo de conclusión se reflexiona sobre la utilidad de este ejercicio de discernimiento para las políticas del anti-racismo.

### **1. Racialización: ¿el significante de la desproporción o la compleja práctica de producir razas?**

Dos significados han sido adjudicados al concepto de racialización. El primero identifica a este concepto con una suerte de desproporción entre grupos raciales en el acceso a bienes, recursos, servicios, el derecho a un tratamiento igual, o en el lugar que se ocupa en orden arbitrario de jerarquías. Racialización acá se equipara con el desequilibrio entre grupos raciales y se puede resumir en frases como: «racialización de la pobreza» (miembros de un grupo racial se encuentran sobre representados en el sector más pobre de determinada sociedad); «racialización del crimen» (miembros de un grupo racial que ocupan un papel preponderante en la perpetración de actos criminales); o «racialización de la injusticia» (hace referencia a que en términos comparativos ciertos grupos raciales tienen mayor probabilidad de ocupar la posición de víctimas en el sistema judicial).

Esta manera de percibir el concepto toma por dada la existencia de las razas y reconoce su causalidad en un orden socialmente producido de jerarquías entre ellas. Suele ser utilizada en el lenguaje de las políticas públicas o en las demandas de movimientos sociales cuyo foco es la desigualdad y la inequidad entre grupos sociales. Racialización se concibe como un concepto de gran utilidad política, dado que al identificar exclusiones históricas y lógicas institucionales presentes, hace visibles modelos de injusticia social que dificultan el logro de una ciudadanía incluyente y equitativa.

Alejado política y epistemológicamente de esta primera definición, una segunda acepción del concepto racialización, surgida en los últimos treinta años,<sup>1</sup> lo describe como el proceso social mediante el cual los cuerpos, los grupos sociales, las culturas y etnicidades se les produce como si pertenecieran a diferentes categorías fijas de sujetos, cargadas de una naturaleza ontológica que las condiciona y estabiliza (Véase, Banton, 1996).<sup>2</sup> En palabras más llanas, racialización se define como la producción social de los grupos humanos en términos raciales. En este particular entendimiento, las razas son un constructo social histórico, ontológicamente vacío, resultado de procesos complejos de identificación, distinción y diferenciación de los seres humanos de acuerdo a criterios fenotípicos, culturales, lingüísticos, regionales, ancestrales, etcétera.

Racialización, de esa forma, hace referencia a categorías creadas *por* y no pre-existentes *a* la relación entre grupos en desequilibrio, como se presupone en la acepción anterior. En esta segunda definición no existen grupos raciales *per se*, sino solamente grupos socialmente *racializados* como resultado de prácticas, doctrinas y voluntaristas producciones de saber. Estas, ya sea por dolo, inocencia o por el arbitrario acto de establecer diferenciaciones fijas, producen tipologías más o menos duraderas, más o menos consensuadas que homogeneizan a los grupos considerados similares, mientras que heterogeneizan a aquellos a los que se les considera distintos.

Esta segunda acepción del citado término reconoce que los procesos de producción de las razas son relacionales: para que «exista» un grupo racial, sea este en términos «biológicos» o culturales, debe producirse su *Otro*. Quizás la forma más sencilla de decirlo es la siguiente: el blanco solo llega a serlo en presencia (física, simbólica, imaginada) *del* y en contraste *con* el no-blanco. La fijación de su sentido como categorías sólo se hace posible en su mutua co-producción histórica, en aquellas tendencias que al definir lo no-blanco como lo atávico, lo natural, el resumen de la incontinencia, lo voluptuoso y lo híper sexualizado, de alguna forma co-generan su

---

<sup>1</sup> Rohit Barot y John Bird (2001) defienden la tesis de que el concepto racialización se utilizó por primera vez a finales del siglo XIX. Sin embargo también reconocen que la popularización de esta segunda forma de entender el término tuvo lugar a finales del decenio de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado.

<sup>2</sup> Cfr. Robert Miles: *Racism*, 1989; Robert Miles and Rudy Torres: «Does Race Matters», 2007.

antítesis: lo blanco como lo civilizado, lo racional y la encarnación misma de la virtud moral y corporal.

Tal vez el principal desacuerdo entre la primera y la segunda acepción del concepto es el punto de la pre-existencia de las categorías raciales con respecto a la relación histórica entre grupos diferenciados. La segunda definición asume como imposible la existencia de las razas anteriormente al contacto entre grupos diferenciados. De igual forma, cree que las razas deben comprenderse como construcciones progresivas y variables, no como categorías atemporales. Producto de una tradición de pensamiento que defiende que las categorías de sujeto no están dadas, sino que se producen paulatinamente mediante interacciones, negociaciones y adopciones, la segunda acepción considera más provechoso entender la relación desbalanceada entre grupos (por ejemplo, descendientes de europeos y descendientes de africanos), como una relación desbalanceada donde las categorías mismas de europeo (blanco) y africano (negro) se co-producen paulatina y sistemáticamente. La historia de la primera categoría es insustancial sin la historia de la segunda. La supervivencia futura de una está irremediabilmente atada a la suerte de la otra.

Esta definición parte del criterio de que las categorías raciales, aún cuando se presentan ante nuestros ojos como estables y evidentes, han sido el resultado de permanentes negociaciones, resignificaciones, ajustes mutuos y muy sofisticadas tecnologías de la identidad. Esas categorías se construyen con la pretensión de ser un *a priori*, cuando en realidad son un resultado. De esa suerte, esta segunda acepción señala que seguir pensando la historia o lo social como si las categorías raciales precedieran la relación y la co-producción entre sujetos, nos lleva a la complicidad con una de las principales consecuencias de la relación misma: la tendencia a estabilizar categorías de sujetos, lo cual garantiza el desbalance entre ellos.

Podemos decir que esta segunda forma de definir el concepto incorpora una lógica que da prioridad a los procesos de formación racial y a una visión no determinista de las dinámicas intergrupales. Las razas no están ahí, interactuando bajo un principio de competitividad que se deriva de su ontología. Más bien se hacen posibles en esa interacción, la cual es siempre contextual e histórica. Una vez más acudamos a un lenguaje más llano, no es lo mismo el proceso de co-producción racial de lo negro/blanco en un sitio como Cuba, por ejemplo, que en los Estados Unidos o en el Caribe anglófono. No es lo mismo, igualmente, la co-producción racial de blancos y negros en el siglo XIX cubano, que en la Cuba actual. Las categorías, a pesar de su aparente universalidad y estabilidad, adquieren significados territoriales y se resignifican con el tiempo. Con estas ideas en mira, la segunda definición rechaza todo análisis que se establezca

dentro de un entendimiento de las relaciones entre grupos racializados, como estáticas, no contextuales y predeterminadas.

Como nota final, debemos apuntar que algunos defensores de esta segunda manera de conceptualizar el término racialización polemizan con la extendida creencia que percibe a las prácticas de categorización como sujetas exclusivamente a una agenda de dominación y a un grupo monolítico de agentes (los europeos, los colonialistas, los blancos, etcétera).<sup>3</sup> Tomando distancia de ello, para estos autores, racialización implica la existencia de múltiples fuentes de producción de categorías, las cuales se organizan de acuerdo a agendas distintas, no necesariamente coordinadas y en no pocos casos, divergentes. En el proceso mismo de categorización, clasificación, fijación de significados, regulación, y socialización de las «razas» participan instituciones (políticas, económicas, culturales, educativas, judiciales y legislativas), marcos normativos (locales, regionales, globales), comunidades de producción de conocimiento (científicas, religiosas, administrativas, políticas) y movimientos sociales (locales, regionales y transnacionales) de toda afiliación política e ideológica.

La formación de categorías raciales puede ser un resultado de agentes y agendas involucrados en prácticas de dominación, por ejemplo la clasificación de los seres humanos en razas superiores e inferiores para justificar una jerarquía existente o para racionalizar un proyecto futuro de subordinación. Sin embargo, esa formación también puede ser una consecuencia de proyectos de resistencia, justicia social y redistribución. Ejemplo de ello son las prácticas de construcción de sujetos relacionadas con la defensa del orgullo racial y la reclamación de políticas redistributivas basadas en la racialidad de los grupos humanos.

De igual forma, prácticas «políticamente neutrales» como los censos y la formación institucional de bases de datos juegan un papel sumamente importante en el proyecto, no siempre voluntario, de asignar categorías «raciales» a grupos humanos a los que se asume como diferenciables en sus características fenotípicas, culturales y sociales. Categorizaciones basadas en criterios raciales se utilizan para recolectar datos relacionados con cifras de desempleo, estadísticas de salud y encarcelamiento, por citar algunas motivaciones comunes. Ello permite la fijación de las poblaciones en términos raciales, con la finalidad de crear *rankings*, detectar fallas en procesos de distribución, establecer teorías comparativas y proponer intervenciones sociales.

Cada una de las fuentes de categorización previamente comentadas contribuye de forma irregular y con propósitos diversos en el proceso de fijación de significados raciales y distinción entre grupos humanos. Es decir, cada una racializa de alguna u otra forma. De esa suerte, el

---

<sup>3</sup> Cfr. Michael Banton: *International Action Against Racial Discrimination*, 1996; *The International Politics of Race*, 2002; Robert Miles and Rudy Torres: Ob. cit.

proceso de racialización no produce categorías unificadas y estables, más bien genera una multiplicidad de significados que tienden a desestabilizar cualquier principio coordinado o cualquier agenda unificada de categorización. Aun cuando las macro categorías como las de Caucasoide, Africanoide y Mongoloide, o sus variantes étnicas, Europeo(a), Africano(a), Asiático(a) aparentan cierta perdurabilidad y capacidad explicativa, tienden a verse desafiadas por las tensiones entre toda una multiplicidad de categorizaciones cuyas motivaciones y principios epistémicos se deben a agentes y contextos históricos y geográficos diversos y no sincronizados. Racialización, de acuerdo a este particular entendimiento, es un proceso enrevesado que produce complejidad.

## **2. Racialismo o esa peculiar manera de dar significado a la diversidad humana**

Racialismo puede definirse como la creencia en la existencia y facticidad de las razas.<sup>4</sup> Es uno de los principales resultados de los procesos de racialización, o lo que es lo mismo, una muestra de su eficacia en la producción de la realidad social. Racialismo implica el tratamiento de las tipologías raciales como sentido común. Se materializa en el acto de percibir a las razas como evidentes y tangibles; no como una consecuencia, sino como una causa o una variable independiente, para utilizar una categoría tan venerada en la sociología.

Racialismo no implica necesariamente una visión jerarquizada de las tipologías raciales. Lo que lo caracteriza es ser la condición básica o el fundamento mismo del pensamiento racial, es decir, la tendencia a percibir a los seres humanos como distinguibles de acuerdo a categorías discernibles de sujeto: categorías raciales. Esas categorías pueden ser diversas y pueden obedecer a criterios distintos de organización, pero se perciben como corroborables y por lo tanto, como evidentes.

Esta categoría puede describirse como parte de esa «tendencia epistemológica» a agrupar o disgregar los grupos humanos de acuerdo a características comunes o disímiles; esa suerte de costumbre de replantear/rearticular la complejidad en principios más sencillos. Racialismo, en otras palabras, es una muy peculiar manera de dar significado a la biodiversidad y sociodiversidad humanas. En ese sentido, le pone un caprichoso coto tanto a la diversidad como a la similitud, descrea tanto en el universalismo (todos somos uno) como en el particularismo

---

<sup>4</sup> Históricamente ha existido un debate sobre la definición correcta de este concepto. Algunos autores (cfr. Roderick Moore, 1984, por ejemplo) lo perciben como el desagrado, rechazo y potencial inferiorización que algunos miembros de un grupo «racial» sienten con relación a los miembros de otro grupo. El término ha sido también indistintamente utilizado como un sinónimo de racismo y discriminación racial. Este ensayo toma la acepción aceptada recientemente (véase Appiah, Kwame Anthony: «Racisms», in David Goldberg (ed.): *Anatomy of Racism*, Minnesota University Press, Minneapolis, 1990, pp. 3-17 y Frederickson, George M. *Racism: A Short History*, Princeton University Press, Princeton, 2003) la cual le concede al término una connotación más epistemológica que politizada.

llevado hasta sus últimas consecuencias (cada uno es distinto a los otros). En su lugar, opera con categorías que homogeneizan a los grupos hacia su interior y los heterogeneizan hacia el exterior: a un afro-descendiente se le percibe como similar racialmente a otro afro-descendiente y distinto racialmente a un no- afro-descendiente, por ejemplo.

En el presente, este particular principio de dar significado y orden a la biodiversidad humana se debe tanto a la naturalización acrítica de un modelo de ordenamiento de los seres humanos emergido a finales del siglo XVIII y consolidado a lo largo del siglo XIX, como a la relativamente reciente recuperación de las categorías raciales en calidad de objeto de indagación académica, activismo político y diseño de políticas públicas. Si bien lo primero ha obedecido al orden de las inercias involuntarias que acompañan al acto de otorgar significado a la realidad, lo segundo se presenta como una utilización intencional de las categorías con fines específicos de diferente naturaleza. Ocupémonos por un instante de esto último.

En los últimos decenios, ciertos sectores de la academia han desarrollado una crítica muy aguda a la tesis de que la raza es una construcción social.<sup>5</sup> Cuando se percibe de esa forma, apuntan estos académicos, se corre el riesgo de percibirla como una vana ilusión incapaz de crear bases objetivas en la sociedad. Señalan, de igual forma, que es necesario reconocer que la raza funciona como un principio autónomo de creación de significados sociales compartidos, con suficiente capacidad como para objetivar realidades, una vez que los grupos sociales la han asumido.

En ese mismo sentido, argumentan estos académicos, resulta necesario reconocer que el concepto raza, una vez que ha pasado por un proceso de institucionalización, logra objetivarse y adquiere el estatus de «real». En otras palabras, la raza deviene en una categoría naturalizada, evidente por sí misma y por lo tanto tendiente a permanecer. De esa suerte, para ellos resulta necesario pensar en términos racialistas, porque es la única manera de poder asir intelectualmente el orden social global que el siglo XIX dejó como resultado.

Por otra parte, también en los últimos decenios, gran parte del activismo político anti-racista ha recuperado la validez de utilizar lógicas racialistas. En la organización de su agenda política, este activismo ha defendido el punto de que las razas deben reconocerse no sólo como una derivación ideológica y por lo tanto ilusoria, sino también como un principio de asociación y

---

<sup>5</sup> Cfr. de Eduardo Bonilla-Silva: «Rethinking Racism: Toward a Structural Interpretation», 1997; «The Essential Social Fact of Race», 1999; «“New Racism”, Color-Blind Racism, and the Future of Whiteness in America», 2003. También cfr. Richard Delgado and J. Stefancic: *Critical White Studies: Looking Behind the Mirror*; A. Woody Doane: «Rethinking Whiteness Studies»; Minkah Makalani: «Rejecting Blackness and Claiming Whiteness: Antiracist Whiteness in the Biracial Project»; Charles W. Mills: «White Supremacy as Sociopolitical System: A Philosophical Perspective»; Michael Omi and Howard Winant: *Racial Formation in the United States*

creación de identidades. Esto último implica que las razas no deben ser exclusivamente percibidas como instancias de mutua exclusión, sino también como categorías de inclusión. Ello significa que si, por un lado, las razas pueden ser una forma de estigmatizar y excluir, por el otro, también pueden ser una fuente de reconocimiento entre iguales y la base para la generación de *ethos* grupales emancipatorios, visiones comunes del mundo y una matriz para la creación de afinidades entre los individuos.

Este activismo también ha estado defendiendo la necesidad de pasar del modelo de etnicidad homogénea de los nacionalismos modernos o del universalismo ilustrado, a un modelo de heterogeneidad cultural, que sea capaz de reconocer no solo la desigualdad entre los grupos raciales, sino también sus diferencias étnicas. Algunos movimientos sociales, como el proyecto Afro-descendiente en las Américas, sugieren que se debe abandonar la percepción de que existen culturas transcendentales, sustantivamente universales. En su lugar, debe defenderse una perspectiva que tome en cuenta la existencia de identidades culturales que, si bien se tocan en algunos puntos espiritual y secularmente hablando, presentan elementos distintivos que exigen la instauración de una visión pluralista.

Para los defensores de esta idea, los modelos transcendentales de etnicidad sacrifican las diferencias culturales en función de imponer un determinado criterio de ver el bien común, lo moral, lo comportamentalmente válido y las formas de su consecución; todo ello a través del prisma de un modelo cultural particular, generalmente el de la etnicidad «europea» o «blanca». En su lugar, abogan estos activistas, es necesario crear una sociedad centrada en el principio de la pluralidad desde el cual se le dé igual peso y valor a los mundos culturales de las diferentes razas. Esta instancia de poder debe introducir en su agenda la necesidad de construir un nuevo marco axiológico, el cual ha de otorgarle igual legitimidad a los mundos culturales de cada raza, de forma tal que la validación de la esfera moral y de los comportamientos sociales se realice tomando en cuenta su pluralidad y, por lo tanto, su complejidad.

De manera complementaria a lo anterior, en los últimos decenios hemos presenciado la creciente incorporación de políticas públicas nacionales, regionales y globales en proyectos dirigidos a revertir prácticas históricas de discriminación racial. Ya sea de manera voluntaria o involuntaria estas políticas han desempeñado un importante papel en la utilización de modelos racialistas con fines asistenciales. El principio de entender las sociedades contemporáneas como esencialmente desiguales y la estrategia epistemológica de definir esa desigualdad en términos de categorías discrecionales de sujeto (afro-descendientes, euro-descendientes, asiáticos, indígenas, etcétera) compitiendo por recursos escasos (bienes, oportunidades, posiciones, etcétera), conduce a estas políticas a necesitar esas categorías para darle curso a sus estrategias redistributivas. Este

modelo de racismo asistencial trata a las razas como indicadores, o en otros términos, utiliza las categorías raciales para identificar grupos vulnerabilizados y ubicar potenciales beneficiarios. En él la biodiversidad y la sociodiversidad humanas convergen para generar un mapa de lo que es necesario atender gubernamentalmente.

### **3. Racismo o esa peculiar costumbre de establecer jerarquías**

De acuerdo a un grupo de reconocidos académicos,<sup>6</sup> el término racismo se popularizó en la década de los años treinta del siglo pasado. Su primera definición se asoció a la emergencia de doctrinas de Estado basadas explícitamente en la superioridad racial. En particular, la noción de racismo surgió como una forma de llamar a la adopción de doctrinas supremacistas por parte del Estado alemán, en su desafortunado período nacional socialista comprendido entre 1933 y 1945.<sup>7</sup> Si bien la realidad descrita por dicho concepto existía con anterioridad a su popularización, es solo en ese decenio cuando comenzaría a denominársele recurrentemente como racismo.<sup>8</sup> Previamente la forma más común para nombrar prácticas de desequilibrio de poder entre grupos racializados era el de *relaciones de raza*.<sup>9</sup>

El racismo es una muy peculiar manera no solo de dar significado a la biodiversidad y sociodiversidad humanas, como hace el racialismo, sino también de ubicarlas en un cierto orden. El racismo implica una jerarquización de las categorías, es decir, no solo una delimitación, sino una organización de acuerdo a una gradualidad de cualidades (morales, intelectuales, civilizatorias, psicológicas, biológicas). No hay racismo sin una lógica comparativa cuyo fin último sea el establecimiento de niveles jerárquicos entre las entidades comparadas.

El racismo es por definición racialista. Al igual que el concepto previamente analizado, el racismo parte del supuesto de la existencia de las razas. Entiende la biodiversidad y la sociodiversidad como naturalmente organizadas en razas, a las cuales percibe como fijas y atemporales. Su principal diferencia con el término racialismo es introducir la idea de desigualdad

---

<sup>6</sup> Cfr. Robert Miles: Ob. cit.; Bruce Baum: *The Raise and Fall of the Caucasian Race*; Michael Banton and Jonathan Harwood: *The Race Concept*, 1975; Michael Banton, *The Idea of Race*, 1977.

<sup>7</sup> La asociación del racismo con políticas estatales de supremacía racial también sería la forma predominante de comprender el significado de ese término durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Sería este particular significado el que utilizarían los movimientos de descolonización surgidos después de 1945, el bloque político del Tercer Mundo y el bloque soviético emergidos en el período inmediato a la posguerra. Con posterioridad el concepto haría una gran muestra de elasticidad al incorporar prácticas y prejuicios protagonizados por individuos o grupos desligados de las esferas gubernamentales.

<sup>8</sup> Es importante tener presente que el término racismo no creó las prácticas que connotaba, solo las resignificó de una determinada manera. Que el término haya sido sistematizado en la década de los años treinta del siglo XX no implica de modo alguno que previamente no existieran los principios, el marco moral, las instituciones y las prácticas que vendrían a reconocerse como racistas después de ese determinado momento histórico.

<sup>9</sup> Aún obras fundoras del pensamiento racista, como el tristemente célebre *Essai sur l'inégalité des races humaines* (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*) de Arthur the Gobineau, no utiliza el término racismo. Tampoco la empresa colonialista europea en las Américas, África y Asia, la cual tuvo una filosofía abiertamente de jerarquización racial, se definió bajo dicho término.

entre las categorías raciales. El racismo es también un resultado de intensivos procesos de racialización. Sin la existencia de prácticas y saberes que produzcan las razas como corroborables y tangibles, estas carecen de toda posibilidad de existencia, y por lo tanto dejan sin sustento a cualquier ordenamiento de los grupos humanos de acuerdo a criterios raciales. En otras palabras, tanto la racialización como el racialismo constituyen condiciones de posibilidad para la existencia del racismo.

Ahora bien, la racialización y el racialismo deben entenderse como condiciones necesarias mas no suficientes para la emergencia del racismo. Todo proceso de racialización no conduce necesariamente a la implementación de una lógica o prácticas racistas, y todo racialismo no deriva necesariamente en una jerarquización de las categorías. Al mismo tiempo el racismo no debe percibirse como una consecuencia inevitable de la racialización o el racialismo. El racismo es solo una derivación muy particular, que se produce por la inclusión de un principio arbitrario de jerarquías, en una distinción previamente definida entre los grupos humanos.

De igual forma, a diferencia del racialismo, el cual pertenece principalmente al orden de lo epistemológico, el racismo no solo es una forma de otorgar significado a la diversidad, sino también un principio de acción y una práctica fundada en supuestos cuyas consecuencias resultan de una severidad trágica. En contraste con la discutible inocuidad política, económica, cultural y moral del racialismo, el racismo es político por derecho propio, lo cual irremediamente lo asocia a lógicas de confrontación y sometimiento, prácticas de exclusión e inclusión. El racismo es también profundamente económico, siempre genera un desequilibrio y se nutre de él. El racismo contiene, además, un importante componente culturalista, discierne entre culturas superiores y virtuosas, y culturas inferiores y abyectas. Por último, el racismo es esquivo a toda neutralidad axiológica. Otorga a algunos el derecho moral de someter y regular, y a otros el deber moral de obedecer y ser guiados. En ese sentido se despliega entre la arrogancia y la condescendencia. Para el racismo toda diferencia entre los grupos resulta solo pertinente si se subordina al imperativo de la gradación.

### **Conclusión: el valor de las distinciones para las políticas del anti-racismo**

El principal valor de todas estas distinciones es ubicar las complicidades involuntarias y los puntos ciegos que podemos tener todos aquellos que nos interesamos en las políticas del anti-racismo. Resulta común que en el afán de combatir el racismo y revertir sus consecuencias, se reproduzcan elementos, lógicas y esquemas epistemológicos que prestan muy poca atención a cómo se dejan intactas sus condiciones de posibilidad. También resulta recurrente que la urgencia de intervenir políticamente nos hace descuidar la auto-reflexividad sobre lo que hacemos,

nombramos y consideramos como un imperativo. En ese sentido, todas estas distinciones nos permiten alcanzar alguna visibilidad sobre el nivel en el que están operando nuestras acciones y los supuestos que las hacen posibles.

Advertir la existencia del concepto racialización, por ejemplo, nos ayuda a tomar conciencia no solo sobre los procesos que intervienen en la producción social de las razas, sino también sobre la complejidad que los acompaña. Generalmente, tiende a olvidarse que las razas no están ahí, que su evidencia es engañosa, que su permanencia no resiste el desafío de sus ajustes históricos o que su universalidad flaquea frente al capricho del contexto. Tiende a olvidarse, de igual forma, que las razas se producen desde diferentes fuentes, cuyas agendas ocasionalmente convergen, pero que obedecen a formaciones discursivas diversas, no siempre coordinadas, no siempre operando en una lógica de mutuo reforzamiento. Son justamente esa multiplicidad de fuentes y esa falta involuntaria de coordinación unas de las razones principales por las cuales las razas tienden a persistir, a pesar de todo el descrédito que las ha acompañado por más de medio siglo.

Tener conocimiento sobre el concepto de racialización contribuye también a tener presente que de él se desprende la condición básica para que exista una muy peculiar manera de dar significado a la biodiversidad y sociodiversidad humanas. De él emana, además, la condición de posibilidad para producir categorías discrecionales de sujeto potencialmente jerarquizables. En palabras más llanas, racialización es el punto de partida, y como tal, exige nuestra vigilia.

Por otra parte, el concepto de racialismo ayuda a establecer una distinción muy necesaria entre, por un lado, la dimensión epistemológica de darle significado a la diversidad humana y, por el otro, el proyecto político, económico y cultural enfocado en establecer jerarquías entre grupos diferenciados que caracteriza al racismo. El concepto permite incorporar más niveles de complejidad en el análisis de los actores, sus agendas y el impacto deseado de sus acciones. Posibilita, por ejemplo, distinguir entre proyectos y agentes racistas y racialistas.

De igual forma, racialismo como noción es de gran utilidad para quienes nos interesamos en el tema de la creación de modelos pos- raciales de sociedad. Este concepto nos ayuda a tomar conciencia de las diversas formas en que podemos reproducir las categorías raciales y reafirmar su realidad, aun cuando nos es conocida su vacuidad ontológica. La idea de racialismo es de gran provecho para identificar cómo el énfasis en la dimensión política del racismo puede conducirnos no solo a retomar acríticamente las categorías raciales, sino también a celebrar la utilidad estratégica del concepto de raza.

En ese particular, la noción de racialismo nos ayuda a entender cómo la recuperación política de las categorías raciales por parte del activismo anti-racista y la utilización de modelos

racialistas asistenciales por parte de instituciones de gobierno local, regional e internacional, juegan un papel sumamente activo en la racialización de los grupos humanos. Contribuye, además, a sacar a la luz cómo en su afán de revertir desigualdades e inequidades, ambas posturas necesitan clasificar a los seres humanos en razas, distinguir lo que los diferencia, e identificar sus trayectorias históricas de una manera monolítica y algunas veces, esencialista.

El concepto racialismo resulta de gran utilidad, también, para hacer visible cómo la recuperación de la validez epistemológica de la categoría raza, que algunos académicos hacen, paradójicamente fortalece su «veracidad». En su afán de establecer modelos descriptivos fieles a lo que «ocurre» o a lo que es «evidente», estos académicos dejan de indagar, o mejor dicho, cuestionar la categoría raza, lo cual les conduce a tratarla como causa y no como un efecto. En ese sentido, terminan comulgando con una tesis que aparentemente critican: aquella que percibe a las razas como un principio explicativo en sí mismo. En resumen, el concepto de racialismo es una herramienta de gran utilidad para rastrear complicidades involuntarias y paradojas políticas y epistemológicas en las políticas del anti-racismo.

Por último, la inclusión del concepto de racismo en este análisis facilita la identificación de cadenas relacionales o procesos de mutuo condicionamiento. En lo particular, ayuda a poner en perspectiva a los otros conceptos analizados en este ensayo. Es de suma importancia entender los vínculos que existen entre racialización, como la producción de lo racial, el racialismo, como su adopción acrítica, y el racismo, como su politización perversa. El reconocimiento de esta relación puede contribuir a que aquellos interesados en las políticas del anti-racismo superen el desdén por la auto-reflexividad epistemológica. De igual manera, facilita alcanzar una visión menos fragmentada de las urgencias del anti-racismo, al identificar su dimensión política en el nivel de las consecuencias y no en el de las condiciones de posibilidad. Traer la racialización y el racialismo como parte de la ecuación, nos ayuda a no distraernos con la inmediatez de lo político y a tomar con mayor seriedad los condicionantes más perdurables y resistentes del desbalance de poder que intentamos cuestionar y desestabilizar.

### **Referencias Bibliográficas**

ALLEN, THEODORE W.: *The Invention of the White Race* (vol. 1), *Racial Oppression and Social Control*, Verso, New York and London, 1994

ANDERSEN, MARGARET L.: «Whitewashing Race: A Critical Perspective on Whiteness», in Doane, Ashley W. and Silva, in Bonilla-Silva, Eduardo (eds.), *White Out: The Continuing Significance of Race*, Routledge, New York, 2003, pp. 21-35.

APPIAH, KWAME ANTHONY: «Racisms», in David Goldberg (ed.): *Anatomy of Racism*, Minnesota University Press, Minneapolis, 1990, pp. 3-17.

BANTON, MICHAEL and HARWOOD, JONATHAN: *The Race Concept*, David Charles, Newton Abbott, 1975.

BANTON, MICHAEL: *Race Relations*, Basic Books New York, 1967.

———: «The concept of race», in Zubaida S. (ed.): *Race and Racialism*, Tavistock, London, 1970, pp. 17-34.

———: *The Idea of Race*, Tavistock, London, 1977.

———: *International Action Against Racial Discrimination*, Clarendon Press, London, 1996.

———: *Racial theories*, Cambridge University Press, 1998.

———: *The International Politics of Race*, Polity Press, Cambridge, 2002.

BAROT, ROHIT and JOHN BIRD: «Racialization: the genealogy and critique of a concept» in *Ethnic and Racial Studies*, vol. 24, n.º 4, Routledge, United Kingdom, 2001, pp 601-618.

BAUM, BRUCE: *The Raise and Fall of the Caucasian Race*, New York University Press, New York and London, 2006.

BONILLA-SILVA, EDUARDO: «“New Racism”, Color-Blind Racism, and the Future of Whiteness in America», in Bonilla-Silva, Eduardo (ed.): *White Out: The Continuing Significance of Race*, Routledge, New York, 2003, pp 271-284.

———: «Rethinking Racism: Toward a Structural Interpretation», in *American Sociological Review*, vol. 62, n.º 3, Jun., SAGE Publications, United States, 1997, pp. 465-480.

———: «The Essential Social Fact of Race», in *American Sociological Review*, vol. 64, n.º 6, Dec., SAGE Publications, United States, 1999, pp. 899-906.

BONNETT, ALISTAIR: «A White World? Whiteness and the Meaning of Modernity in Latin America and Japan», in Levine-Rasky, Cynthia (ed.): *Working Trough Whiteness: International Perspectives*, State University of New York Press, Albany, 2002, pp. 69-106.

——— : *White Identities: Historical and International Perspectives*, Harlow- Prentice Hall, England, New York, 2000.

BRANDER RASMUSSEN, B.; E. KLINENBERG; I. NEXICA and M. WRAY (eds.): *The Making and Unmaking of Whiteness*, Duke University Press, London, 2001.

BUSH, MELANIE: «Race, Ethnicity and Whiteness», in *SAGE Race Relation Abstracts*, vol. 29, n.º 3-4, 2004, United States, pp. 5-48.

DELGADO, RICHARD and J. STEFANCIC: *Critical White Studies: Looking Behind the Mirror*, Temple University Press, Philadelphia, 1997.

DE LA CADENA, MARISOL: *Indigenous Mestizos*, Duke University Press, London, 2000.

DELACAMPAGNE, CHRISTIAN: «Racism and the West: From Praxis to Logos», in David Theo Goldberg (ed.): *Anatomy of Racism*, University of Minnesota Press, 1990, pp 83-89.

DOANE, A. WOODY: «Rethinking Whiteness Studies» in Ashley W. Doane and Eduardo Bonilla Silva (eds.): *White Out: The Continuing Significance of Race*, Routledge, New York, 2003 pp 3-20.

DULITZKY, ARIEL E.: «A Region in Denial: Racial Discrimination and Racism in Latin America», in *Beyond Law*, vol. 8, n.º 4, Bogotá, 2001, pp. 85-107.

DYER, RICHARD: *White*, Routledge, London, 1997.

FRANKENBERG, RUTH: *The Social Construction of Whiteness: White Women, Race Matters*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1993.

Frederickson, George M. *Racism: A Short History*, Princeton University Press, Princeton, 2003.

GOLDBERG, DAVID THEO: *Anatomy of Racism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1990.

HODGE, JOHN L.: «Equality: Beyond Dualism and Oppression», in David Theo Goldberg (ed.): *Anatomy of Racism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1990, 89-107.

MAKALANI, MINKAH: «Rejecting Blackness and Claiming Whiteness: Antiblack Whiteness in the Biracial Project», in Ashley W. Doane and Eduardo Bonilla-Silva (eds.): *White Out: The Continuing Significance of Race*, Routledge, New York, 2003, pp. 81-94.

MILES, ROBERT and TORRES, RUDY: «Does “Race” Matters Transatlantic Perspectives on Racism after “Race Relations”?»), en Das Gupta *et al* (eds.): *Race and Racialization. Essential Readings*, Canadian Scholar Press, Toronto, 2007 65-73.

MILES, ROBERT: *Racism*, Routledge, London, 1989

MILLS, CHARLES W.: «White Supremacy as Sociopolitical System: A Philosophical Perspective», in Ashley W. Doane and Eduardo Bonilla Silva (eds.): *White Out: The Continuing Significance of Race*, Routledge, New York, 2003, pp. 35-49.

Moore, Roderick: “Racialism and the Law” in *Legal Notes* No 4, Libertarian Alliance, London, 1986

OMI, MICHAEL and HOWARD WINANT: *Racial Formation in the United States*, Routledge, New York, 1994.

OUTLAW, LUCIUS: «Toward a Critical Theory of Race», in David Theo Goldberg (ed.): *Anatomy of Racism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1990, pp. 58-82)

ROEDIGER, DAVID R.: *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Verso, New York and London, 1991.

Segato, R.L.: «The Color-Blind Subject of Myth; Or, Where To Find Africa in the Nation», *Annual Review of Anthropology*, vol. 27, California, 1998, pp.129-151.

WAGLEY, CHARLES: «On the Concept of Social Race in the Americas», in Jorge Domínguez (ed.): *Race and Ethnicity in Latin America*, Garland Publishing Inc., New York & London, 1994.

WEST, CORNEL «Hacia una teoría socialista del racismo», en *Criterios*, vol. 34, La Habana, 2003.

WODAK, R. and M. Reisigl: «Discourse and Racism: European Perspectives», in *Annual Review of Anthropology*, vol. 28, California, 1999, pp. 175-199.